

# PELICULAS<sup>53</sup>

Novela Semanal



UN CABALLERO DE PARÍS

# **PELÍCULAS**

**NOVELA SEMANAL**

**NÚM. 53 :: 25 CTS.**

A GENTLEMAN OF PARIS

1927

La interesante película titulada

## **Un caballero de París**

Interpretada principalmente por el célebre actor  
**ADOLPHE MENJOU**

**Exclusivas PARAMOUNT**

**PUBLICACIONES MUNDIAL**

**APARTADO CORREOS 925 : BARCELONA**

Muy de mañana, en el palacio del marqués de Marignan se recibió un telegrama que decía así :

«Marqués de Marignan  
33 Rue de Lille, París.  
Josefina y yo llegaremos París  
ocho quince, elegir *trousseau*. Iremos  
directamente a tu casa. — *Latour*.»

Aquel marqués de Marignan era un perfecto caballero de París. Elegante, apuesto, conquistador, enamoradizo, alegre y calavera. Este caballero, cuya fama por sus francachelas había llegado a todos los sitios alegres del París bullicioso, se había enamorado, quizá por la primera vez en su vida, de una linda joven, deliciosa y cándida, con la que deseaba contraer matrimonio. Josefina, que este era el nombre de la mujer amada, era hija de un

noble general, tan serio como austero. El marqués de Marignan, por estas causas, deseaba romper con su pasado, pero éste estaba tan arraigado en la vida de aquel hombre elegante y mundano, que no parecía cosa fácil el destierro de aquellas perversas costumbres.

Cuando se recibió el telegrama, nuestro caballero se hallaba ausente de su casa, no obstante ser las primeras horas de la mañana. Pepe, su antiguo y fiel criado, para quien el señor no guardaba secretos, enterado del contenido del parte y sabiendo lo delicado del asunto, se lanzó por toda la ciudad hasta dar con el simpático calavera.

Visitó cafés y demás sitios a los que habitualmente acostumbraba frequentar el señor marqués, hasta que en el café «Roland» le comunicaron que, camino de su casa, se había marchado al ver salir los primeros rayos del sol, a los que, sin un motivo justificado, les tenía un odio mortal.

A poco de llegar nuestro hombre a su casa, preguntaban por él dos viajeros.

—¿El señor marqués de Marignan?...

—Pasan, pasen ustedes. En seguida saldrá. El señor Marqués está en el parque haciendo el ejercicio matutino diario.

—¡Oh! ¿Pero tanto madruga Eduardo?—

dijo la voz dulce y melodiosa de Josefina, llena toda ella de íntima satisfacción.

—Sí, sí... el señor es un perfecto... caballero. Ya lo creo. Se acuesta a las ocho. Por eso, precisamente, madruga tanto mi señor.



El viejo general miró de soslayo al mozo aquél.

—Buen perillán estás hecho. Anda, anda, avisa a tu amo y que Dios te conserve con él luengos años, para bien suyo, naturalmente.

El criado corrió a la habitación del marqués y previno a éste lo ocurrido.

—Casi toda la madrugada—le dijo Pepe— he andado preguntando por usted en todos los cafés.

—Bueno, mal educado; estas no son horas de venir a sermonarme, ¡ea! Ya me voy yo cansando de tan impertinencia.

Y nuestro buen hombre, que dicha sea la verdad, acababa de coger el sueño, después de la noche borrascosa, se dispuso a volverse del otro lado.

—Pero, señor, ¿no ha leído el telegrama?

—He dicho que me dejes!

—Esta madrugada se recibió este telegrama que yo dejé aquí, encima de esta mesilla, y que aquí se encuentra, y en él se anuncia la llegada de Josefina y...

Se despabiló de pronto el señor marqués y se incorporó sobre la cama pidiendo detalles.

—No, si ya lo de menos es el telegrama.

—¿Qué pasa entonces?

—Que Josefina y su adorado papá, el ilustre general, han llegado hace unos instantes a casa y esperan poder saludarle.

—¿Cómo no avisaste antes?

—Pero dónde, señor?

—¿Acaso ignoras dónde paso yo las noches?

—En tantos lugares... comunes, que no es fácil acertarlo.

—¿Por qué no llamaste de una vez a la central de bomberos?

Y entonces, mientras rápidamente se levantaba el señor y lo vestía el criado, éste le fué contando cómo les había dicho a los madrugadores visitantes que el señor marqués se encontraba haciendo su ejercicio matutino en el parque.

—Pepe, yo no sé qué sería de mí sin ti.

—Yo tampoco sé qué sería de mí sin usted.

A poco rato, salió el marqués a recibir a su prometida y a su padre.

—Encuentro que no hay nada más higiénico que los ejercicios matutinos, general.

—Siempre que respondan a un descanso moderado—respondió éste.

Los dos novios, después de saludarse, quedaron en aquel salóncito coquetón, hablando de sus ausencias.

—Traes, mi adorada Josefina, a París, el perfume del campo, vida mía.

—A veces me parece que mi papá no te comprende, Eduardo.

—A todos los hombres como yo nos sucede igual, vidita: no somos comprendidos.

La influencia que sobre la persona de su novio ejercía el poder de Josefina era tan grande, que el marqués se prometió solemnemente cambiar de vida. No merecía aque-

lla chiquilla, fresca como una mañana de abril, buena y noble, que la siguiera engañando un hombre como él, dado a todos los placeres, siempre de juerga en juerga, de compromiso en compromiso. No, ya no lo haría más. Alguna vez tenía que cambiar, y antes que luego, ahora mismo.

Mientras descansaban del ajetreo del viaje sus huéspedes, y él se hacía estas reflexiones, tan en desacuerdo con su temperamento y genio, el criado, el fiel Pepe, sostenía una verdadera batalla en la puerta de entrada.

—Deseo hablar con el señor marqués.

Era un compañero de borrasca que, de seguro, vendría a proponerle algún negocio sucio.

—Caballero, por la décima vez le repito—decía Pepe—que mi señor no está interesado en la compra de un canguro amaestrado.

—¿Qué te parece? ¡Un canguro amaestrado en un piso amueblado!

—La prometida del señor marqués está aquí.

—Bueno, en tal caso entréguele esta nota.

Y Pepe cogió una nota, a grandes rasgos escrita, que rezaba así:

«Quiero verte esta noche.

»Ivona.»

En los pocos días que el general estuvo en el palacio del que quería ser su hijo político, pudo convencerse de los trapicheos en que andaba metido a todas horas del día, Pepe. Resultante de los que se traía a todas las horas de la noche el marqués.

—¿Sabes—dijo el general al marqués en un tonillo poco tranquilizador — que tienes un ayuda de cámara ideal?

—Idealísimo, general. ¡Yo no sé qué sería de mí sin mi ayuda de cámara!

—Conque sí, ¿eh? ¿Y no te parece, hijito, que ya va siendo hora de que terminen esos ejercicios matutinos y esos canguros amaestrados?

No esperaba aquel golpe, dado con tanta burla, el señor marqués.

—Tiene usted mucha razón, mi general. De hoy en adelante seré otro hombre.

Y dicho y hecho, desde aquel día Eduardo fué otro hombre. Teniendo el buen señor en cuenta que los maridos burlados y los amantes celosos, damas vivales y, en fin, cuantas complicaciones amargan la vida de un soltero como el de la historia, y que éste vivió relativamente feliz y tranquilo gracias a la diplomacia sin límites de Pepe, se enteró un día que la guapísima dueña de un establecimiento de modas era nada menos que la mujer de su

criado, y le hizo el amor, ni más ni menos que si se hubiese tratado de cualquier linda modistilla. No era, en verdad, muy culpable el señor marqués. Conociendo su desaprensión y genio cínico, fácilmente podrá colegirse de qué cosas sería capaz su persona, sino que la verdadera culpable fué ella, la hermosa Enriqueta, dueña de un taller de modistas, cerca de los campos Eliseos, y mujer legítima y todo de Pepe, el ayuda de cámara del señor marqués de Marignan.

Un día... La fatalidad en forma de teléfono vino a llamar a las puertas de Pepe. ¡Cielos! ¡Su mujer se la pegaba! Y nada menos que con el señor marqués, su señor.

Para comprobar aquel indicio, llamó un día a su costilla.

—Deseo hablar con mademoiselle Enriqueta.

En el taller se armó gran revuelo.

—Es su marido—se dijeron unas a otras. Las más jóvenes, incipientes aun en lances semejantes, temblaron pavorosas, pensando en la escena que ya se figuraban. En cambio, las mayores, acostumbradas a estos y otros mestieres parecidos, no se inmutaron siquiera. Pero lo comentaron todas.

—Es su marido. ¿Qué hacer?

La más dispuesta tomó con resolución el auricular y habló:

—Mademoiselle Enriqueta no está en este momento.

El marqués se entretenía en decir a Enriqueta que, después de pensarla muy en serio, se disponía a cambiar de vida. Cualquier día lo vería casado, y ¡quién sabe! hasta con herederos legítimos.

—Supongo que por eso no me arrojarás de tu lado como a un zapato viejo.

—No, eso no, pero de hoy en adelante sólo seremos amigos. ¿Me entiendes? Lo hago por tu propio bien.

—¿Por qué no pueden continuar las cosas como hasta aquí?

—Nos trataremos como antiguos amigos y nada más.

Mientras se deslizaba plácido, y al parecer tranquilo este diálogo, Pepe, después de aquella conferencia telefónica, y ya con la mosca en la oreja, como suele decirse, fuese a toda prisa al taller de su esposa.

—¡No mienta usted! Mi mujer está aquí con el marqués de Marignan. ¿Dónde están?

Aquel no era el hombre tranquilo y confiado de siempre. El cabello crispado, cerrados los puños, colérico el ademán, y la frase bronca y soez, denotaban un estado de sobreexcitación poco recomendable.

Y las corseteras, enteradas de lo que podría

suceder, corrieron unas a enterar a mademoiselle Enriqueta, mientras otras procuraban calmar las furias desbordadas del iracundo.

—Su esposo está aquí. La anda buscando.

El estado nervioso de Pepe no lo dejaba estar tranquilo. Y decidió entrar él mismo en aquellas habitaciones reservadas a las pruebas, y que hasta a aquel preciso instante no se le revelaron en todo su valor y menester.

Se topó con su señor, el Marqués de Marnignan, que le salía al encuentro. Sin nervosismo, ni descomposición de carácter, sino al contrario, amable, frío y sonriente, como persona acostumbrada ya a estos desagradables lances de la vida amorosa, respondió con aplomo y serenidad a las preguntas del criado.

—No niego que aquí haya una dama, pero no es tu mujer. ¿Qué derecho tienes tú para obligarme a mostrarte su personalidad?

—¿Cómo puedo yo saber que no es mi mujer?

—Demostrándotelo yo.

—Bien. Demuéstremelo.

Y el corrido calavera se introdujo de nuevo en la habitación reservada. A poco llamó al criado para preguntarle:

—¿Conocerías el pie de tu esposa si lo vieses?

—¡Ya lo creo que lo conocería!

«Después de todo—se dijo el infeliz—un pie es un pie.»

—¿Conocerías la mano de tu esposa?

—¡En seguida de verla!

Y tras examinar aquella mano, sedosa, fina



y elegante, refulgente de joyas costosísimas, se dijo:

«Lo mismo puede ser su mano como puede no serlo.»

—¿Conocerías su cabello, si lo vieses?

Y a través de un espejo biselado vió un cabello hermosamente dorado de bellas tonalidades.

dades diferentes a los reflejos que él había visto en los cabellos de su mujer. Y, sin embargo, no le cabía duda. El marqués de Maignan estaba con Enriqueta. ¿Era cosa de brujería?

Salió el marqués del nido y se dirigió en tono solemne y amenazador a su ayuda de cámara.

—Se ha conducido usted como un maja-dero.

—Tiene usted razón — balbuceó Pepe—. Confieso que me he equivocado como *jamás me había equivocado*. Perdone usted, y la dama a quien sin querer he ofendido.

—Yo no puedo aceptar esa satisfacción. Márchate y no vuelvas la espalda hasta que hayamos salido de esta habitación.

Salió después Pepe y preguntó el paradero de su mujer.

—Su mujer—le contestó la encargada del taller—ha telefoneado hace un minuto y dice que está en los almacenes Girondés, en la sección de fornitruras.

Entonces acabó de respirar nuestro buen hombre. En pocos minutos se plantó en los almacenes Girondés y allí encontró a Enriqueta. Al contarle el lance, ella le explicó que eso era fácil y muy corriente en aquella ciudad. La fortuna de muchas modistas se debía prin-

cipalmente a eso. Para la mujer de buena sociedad, ningún pretexto mejor que este de ir de visita a casa de la modista; y muchas veces hasta se hacía acompañar por el propio marido o el pariente más próximo. Una vez en la casa de modas, con el achaque de las pruebas, medidas, etc., pasaban a unas habitaciones interiores de las que salían después de dos horas con cierta y delatora languidez, que el pobre marido ni lo notaba. Otras veces, eran señoras las que iban allí a caza de un buen amante que estuviera dispuesto a pagar las facturas extraordinarias de las modistas. Y no había otro remedio para sucumbir ante las exigencias o cerrar el establecimiento.

El buen hombre miraba a su mujer. Aquel París... aquel París....

Y se rascaba la cabeza aun sin sentir otra picazón que la de los malditos celos que le roían, traidores, las entrañas, que en pocas horas se le habían puesto negras.

El general llamó a capítulo a su futuro yerno y le habló en tono de gran severidad:

—Estoy enterado de todas tus andanzas. Sé por conducto fidedigno que cada día tienes más compromisos y menos vergüenza, y que andas con gentes poco recomendables y, desde luego, que no pertenecen a nuestra sociedad.

—Seré otro hombre, general. Mi conducta se puede poner a duda, pero mi amor no. Y este es puro y sólo de Josefina. Con ella sueño...

—¡Calla, cinico! Tú sueñas todas las noches con quien te provoca por esos sitios... de orgía y depravación.

—¡Seré otro hombre! ¡Seré otro hombre!

—¡Otro hombre!... En fin, allá tú. Yo estoy dispuesto a tomar una resolución rápida y terminante. Por lo pronto ya he pedido, y se me ha concedido, un permiso ilimitado y mañana, sin más tardanza, nos marchamos, Josefina y yo, a mi casa de campo. Allí aguardaremos tranquilos tus noticias, que no du do... serán cada vez mejores...

Quedó el marqués suspenso. Aquello se iba poniendo feo. Sus propósitos de enmienda no acababan de llegar. Entretanto los compromisos eran cada día más exigentes, los disgustos mayores. No, no podía seguir aquella vida de crápula y degeneración. Siempre que recordaba a su novia se ponía tierno, como la lechuga en remojo. Cuando llegó a su casa enteró a su criado de lo ocurrido y le anunció que aquella noche no saldría.

—Púrguese mañana. Eso es que no se encuentra bien el señor.

—¿Pero no me crees, Pepe? ¿O es que a caso te molesto con mi explicación?

—Es que no olvido el refrán castellano que dice: «Genio y figura hasta la sepultura.» Y la verdad, perdóname el señor, y no se enoje, si le digo y confieso que no tengo fe en su enmienda.

—Pues mira, recoge todos estos trastos que delatan mi tormentoso pasado, y los arrojás al fuego, Pepe.

—¿Y este *trasto* también, señor?

—¡Ah! No lo recordaba. Llama a ese número de Eliseos y dile a mademoiselle Enri queta que estaré allí a las cuatro.

El ayuda de cámara hizo aquello que le mandaba su señor, y una vez cumplido su cometido, le pidió permiso para aquella tarde.

—Puesto que el señor ha de salir y estará fuera de casa toda la tarde, desearía me dejara libres esas horas.

—Vete donde quieras. Tú también tienes derecho a vivir, Pepe, y la vida, mi experiencia te lo habrá enseñado, es divertimiento, jovialidad, alegría, amores... todo aquello que sirve de remozamiento al espíritu.

—Y de salud al cuerpo—corrobó Pepe.

—Hombre, ya ves que no creo esté tan mal a pesar de mis años turbulentos.

Apenas se vió libre el criado, corrió a casa

de su mujer. Ahora ya no había duda. El marqués le había mandado telefonear, y por si todo eso fuese poco, en uno de los bolsillos de su americana había encontrado aquella polvera que él reconocía perfectamente como de la propiedad de Enriqueta.

Quedó ella extrañada al ver entrar en su vuelto a discutir sobre aquel mismo asunto de casa al celoso marido. Noches antes habían los amantes y se habían tirado los trastos a la cabeza. El juró presentar demanda de divorcio. Ella le rogó no pisara más los umbrallos de la puerta de su casa.

—¿No habíamos convenido, entre los dos, la otra noche, que no vendrías nunca más aquí?

—Esta vez has colmado la medida.

—¿Acaso son los celos los que te han inducido a venir aquí?

—Los celos y... esto.

Y le mostraba la cajita olorosa que encontró en uno de los bolsillos de su amo y señor.

—¿Podrías decirme qué hacia esto en uno de los bolsillos del marqués de Marignan?

—No seas tonto. En París hay polveras como estas a millares.

—Y se reía como diciendo: «Pues anda, que si eres celoso, ya estás listo conmigo.»

—Dime la verdad, ¿qué clase de relaciones existen entre tú y el marqués?

—¿Qué relaciones quieres que existan entre una modista y un marqués?

Estaba convencida de que su marido no que-



daría convencido, pero le convenía mentir.

—Dime entonces por qué vendrá aquí a las cuatro?

Calló ella, y esto era para él un signo del adulterio que ella consumaba.

—Así pagas el haberte establecido.

—Eres injusto y cruel. El marqués de Ma-

rigan es uno de mis mejores clientes desde hace bastante tiempo.

Llegó el marqués puntual y no se fijó en su criado, ciego por el saludo de Enriqueta. Esta se mostró a la vista de su marido correcta y fría.

—¿En qué puedo servirle, señor marqués?

—Enriqueta, de hoy en adelante tenemos que ser *sólo amigos*. ¿Me entiendes? Lo hago por tu propio bien.

Ella le hacía como podía señas al marqués para que éste desviara la conversación, por haber peligro a la vista.

—No comprendo lo que quiere decir el señor.

—No me lo tomes a mal, Enriqueta, es por tu bien propio.

Logró, por fin, hacerse comprender la adultera y el marqués, variando el curso de la conversación, preguntó por trajes de modas.

—Desearía—dijo—escoger unos trajes.

Reparó entonces en su criado y le preguntó:

—¿Qué haces tú aquí, Pepe?

—Quien tiene interés en saber lo que hace usted aquí soy yo...

—¿Qué tienes que ver tú con esta mujer?

—Tengo el gusto de presentarle a Madame Próspero, Augusto, Víctor, Alberto, José Jolineau (*née*) Prosperina Poubé, mi mujer.

Se quedó de moros el marqués. ¡Démontre! Aquello, si no tuviera sus ribetes de tragedia, resultaba el lance más cómico y divertido de toda su vida.

—¡Cuánto lo siento, Pepe! Perdóname, hijo, no sabía que esta mujer fuese la tuya. Pero te aseguro, Pepe, que mis relaciones con mademoiselle Enriqueta no han pasado del más puro platonismo.

—¡Oh, sí! ¡Puro platonismo!

Bien sabía el criado como las gastaba su amo. Por eso replicó:

—Hace demasiados años que estoy al servicio del señor marqués para saber la clase de amores platónicos que se gasta mi patrón.

—Mi palabra de honor, Pepe.

—Como caballero, el señor marqués tiene obligación de dar su palabra de honor en estos asuntos, pero como yo no soy caballero, no puedo aceptarla.

—¿Qué piensas hacer?

—Marcharme de su casa inmediatamente.

—¡Oh!, no. Esto no debe ser, Pepe. ¿Cómo me las arreglaré yo sin ti?

—Perfectamente. En este caso le advierte que estaré únicamente ocho días más a su servicio. Cumplido este plazo, a partir de hoy, me marcharé de su casa.

Pero las cosas no pueden hacerse muchas

veces a merced de los propósitos y proyectos de los hombres. En el transcurso de aquella fatal semana, el general Latour, futuro suegro del marqués de Marignan, mandó un recado a éste para que fuese a pasar unos días de campo en su finca, y en cuya casa ya se encontraban varios distinguidos aristócratas de la mejor sociedad parisina. El viejo general tenía costumbre, todos los años por esta época, de recibir a sus numerosas y distinguidas amistades.

Y el empedernido calavera emprendió el viaje en compañía de su disgustado y burlado pero inseparable ayuda de cámara. Apenas llegados a la finca y efectuados los saludos y presentaciones de rigor, el de Marignan se fué a matar el tiempo a la sala de juego. Sin duda, como era tan distraído, se había olvidado que allí residía Josefina, su adorado tormento.

Esta, apenas enterada, buscó a su criado, a quien halló en el jardín y le preguntó por su señor.

—¿Dónde está el señor marqués, Pepe?

—En el gabinete de juego, señorita.

Ahora ya no sería el de antes. ¡Quiá! Sería un hombre sin entrañas y... En su furia, crispaba los puños, nervioso y encolerizado.

—¿Quiere usted recordar al señor marqués que tenía que verme a las cinco?

El criado se fué a la sala de juego donde se encontraba su amo y le avisó a éste del recado de la señorita.

—Déjame ahora, Pepe, he ganado cincuenta mil francos.

—El marqués siempre gana.

Y aquél siguió la partida. Nuevamente le avisó el criado:

—Son las cinco, señor. La señorita Josefina le espera.

—Caballeros, siento tener que marcharme.

—Perdone usted. Se lleva un buen pico de mi dinero.

—¡Perfectamente! ¡Doble o nada!

Aceptó el jugador contrario para así dar por terminada la partida del marqués, y éste volvió a ganar. Era un caso inaudito de suerte.

—En mi vida he visto cosa igual—replicaban unos.

—Esta noche le daré a usted el desquite.

Pepe, el fiel criado, había preparado su venganza. El amo así se lo había imaginado. Y se lo objetó:

—No sé por qué me parece que la tentación de rebanarme el pescuezo debe ser en ti muy grande, Pepe.

—Hay muchas maneras de rebanarle el pescuezo a un señor.

Después que hubo terminado la cena, el contrincante del señor marqués en la mesa de juego, encontró en una mesita de su habitación esta nota:

«Le engañan a usted en el juego.  
Esta noche, cuando juegue usted con el marqués de Marignan, le aconsejo que tenga cuidado.

»Un amigo.»

Todos reunidos; se iba a dar principio a la sesión de juego.

—Cuando usted guste, marqués.

—Yo preferiría que Eduardo no jugase—dijo su novia.

—Su señor padre, mi ilustre amigo el general, convendrá conmigo en que me debe usted el desquite.

—Me gustaría que no jugasen—dijo el general al tiempo que se repantigaba en una butaca, muy cerca de su querido marqués.

Y comenzó la sesión de juego. La suerte seguía favoreciendo al calavera distinguido.

—Eduardo siempre gana — dijo Josefina al ver las ganancias de una nueva jugada.

Entonces su contrincante dió orden de parar el juego y advirtió a todos que no estaba conforme con la baraja.

—Me gustaría que contasen las cartas.  
Y dirigiéndose al dueño de la casa:

—Mi general, estoy dispuesto a asumir toda la responsabilidad.

—Si el caballero desea que se cuenten las



cartas, yo no me opongo a ello—contestó el general.

Contaron minuciosamente las cartas y sólo había cincuenta y una. En efecto, faltaba el as de copas. En vista de esto, se miró detenidamente por debajo de las mesas y sillas, siendo infructuosas las pesquisas. En vista

de aquello, el contrincante de Eduardo pidió se registrasen al marqués. Este, que sabía su inocencia, quedó sorprendido cuando vió que le sacaban una carta de una de las mangas del frac. Ante la indignación de todos los concurrentes, el general dijo en tono de amargura :

—¡En mi casa no puedo tolerar semejante proceder!

La única persona que creía sinceramente en su inocencia, y lo seguía amando de la misma

—Deja que piensen de ti lo que quieran, Eduardo, yo te amaré siempre.

manera, era Josefina.

—Tú estás sola, mi vida, contra todos ellos.

El marqués, aun a pesar del deshonor y la desgracia que le abruma, comprende que aquella carta sólo ha podido coserla allí una única persona, Pepe. Y recuerda la expresión trágica de su criado cuando tiene que afeitarle por las mañanas y cierta frase pronunciada un día : «Hay muchas maneras de rebanar pescuezos.»

Entre la reprobación general, aislado de todos, no mirando con buenos ojos sino por el amor de Josefina que no cree lo que acaba de ver, el marqués se retira a sus habitaciones. En ellas está Pepe, quien finge no saber nada

de lo ocurrido. Sobre una mesa descansa un revólver.

—Esto—dice el marqués a su criado—es un consejo de mi futuro suego. Si no hay una persona que declare la verdad, estoy obligado a seguir el consejo.

Abajo, en el salón, todo el mundo habla del asunto. Recuerdan unos un caso parecido. El del joven Saint Simón, que acabó por pegarse un tiro. La situación en que el patente caso pone al marqués hace indispensable una solución idéntica. Todos son de opinión de que el marqués se pegará un tiro. Y de pronto... suena un tiro.

Se abalanzan los invitados en la escalera. En lo alto de ella, convulso, demudado, enloquecido, está el criado Pepe.

Fuera de si, el fiel servidor grita :

—No es cierto que hiciese trampas. Era todo un caballero. Yo fuí quien le puso la carta cosida a la manga sin que él lo supiese.

Y en aquel momento, saliendo el marqués de Marignan de su habitación, se dirige a su criado y le da la mano, diciendo :

—Gracias, Pepe. Una vez más, tú me has salvado.

FIN

*No deje de comprar se-  
manalmente*

# PELÍCULAS

*la única novela cinemató-  
gráfica que publica los ar-  
gumentos de los films más  
importantes y de más pal-  
pitante actualidad*



